

## La Muerte Del Maldito

NO ESTABA en Santiago cuando murió Juan Godoy. No asistí, pues, a su velatorio ni a sus funerales. De todos modos, sin embargo, quiero expresar sobre este egregio escritor desaparecido algo que tal vez nadie ha dicho todavía.

Creo que Juan Godoy era un escritor "maldito". La maldición le venía del vino endiablado que bebía, convirtiéndolo muy de veras en un demonio angélico, del que escapaban las buenas gentes malas y hasta peores, las mujeres y los hombres con sus vidas ajustadas al reloj de lo correcto, siempre preocupadas de las conveniencias y del qué dirán. No faltaban en esta como baja marea humana —presumida a contramano de muy alta—, los propios compañeros de su doble oficio, profesores y escritores. Todos se apuraron siempre en coincidir en un mismo juicio de hipócrita cobardía cuando se les preguntaba su opinión sobre Godoy, tal como a mí me lo dijeron en más de una ocasión:

—¡Qué inteligente es Juan! ¡Y con qué maestría escribe...! Es una lástima que se haya perdido por las borracheras. El pobre toma tanto.

La insidia clavaba su aguijón maligno en las últimas frases con sabor alcohólico. Me pareció que eso fue lo que maldijo a Juan Godoy. Entonces, de esta necia manera que delato con sus pelos y lanas, le quitaron su cátedra inimitable en el Instituto Nacional y se resignó a ser rector en otra, de menor rango y jerarquía técnica, mientras los premios literarios pasaban a su lado, como si no notasen siquiera su presencia, consagrando a veces, y no de raro en raro, a los consabidos figurones como los pavos reales de la vieja fábula.

Lo maldito le negó una jubilación honesta, arrinconándolo un poco en el olvido, sin que nadie se interesase jamás en determinar cuál era la causa que llevaba a Juan Godoy a la bebida, sumiéndolo en los delirios de una ebriedad aceptada sin tapujos y mucho de heroísmo en el frenesí de su derrumbe. La única persona que quiso hacerlo, descubriendo el íntimo secreto del maldito, fue la dulce "Conejita", su esposa de amor, no su mujer canonizada por el matrimonio religioso y la ceremonia civil, que ella también se apartó de Juan Godoy cuando lo vio maldito.

Pero no la "Conejita". La Coneja venía de Chiloé, trayendo como si fuese un viento la poderosa poesía de las islas australes y sólo a su lado, entonces, Juan Godoy dejaba lo maldito y aparecía el mago que escribió "Cifra solitaria", "Sangre de murciélago" y "El impedido". Estos tres libros, reunidos con el primero de los suyos —"Angurrientos"—, autorizaban de sobra a Juan Godoy para que recibiese el Premio Nacional de Literatura. Pero no lo obtuvo. No le dieron, tampoco, ningún Premio Municipal, de mayor ni de menor cuantía. Jamás su nombre figuró en las listas ni el propósito de los galardones. Esa es, pues, después de todo, la áspera suerte que espera a los malditos.

Así vivió Juan Godoy, y así murió, como quería hacerlo, en brazos de su "Conejita", dejándole el orgullo de su obra. Al filo de ella, a la vista de todos, Juan Godoy se revela como el más excelente escritor de su generación, el mejor de los mejores, sin ninguna duda, en el manejo del idioma y del estilo, el hechizo verbal donde Juan Godoy continuaba existiendo, en el goce de una completa vida eterna.